

---

## CUARTA PARTE.

---

### DE LO QUE DEBEMOS PEDIR.

---

#### PLÁTICA I.

#### NATURALEZA DE LA ORACION.

##### SUS ESPECIES.

*Orationi instate, vigilantes.*

Perseverad en la oracion, ve-  
lando en ella.

(*Coloss. 1v, 2.*)

**N**ADA hay tan grande en la Religion, hermanos míos, como la gracia y la oracion. La gracia hace que Dios descienda en el corazon del hombre; la oracion eleva al hombre hasta el seno de Dios. La gracia hace al hombre obediente á Dios; la oracion hace á Dios obediente al hombre. La gracia rompe la dureza del corazon del hombre; la oracion arranca el rayo de las manos de Dios: con la una se convierte el pecador; con la otra se desarma el cielo: con la una triunfa Dios del hombre; con la otra el hombre triunfa de Dios mismo. En una palabra, si, como no se puede dudár, es la gracia el único origen de la salvacion, es la oracion el único medio que puede atraernos la gracia. Vengo pues á exhortaros á orar, y á ha-

ceros comprender á la vez, ya la necesidad que de ella teneis, ya el santo artificio que debeis usar para ser escuchados. Mi ánimo es, en las instrucciones que voy á empezar sobre esta materia, combatir los funestos errores que existen en la Religion, á saber, principalmente el desprecio y el abuso de la oracion. No se reza, ó se reza mal. No se reza: sentaré la necesidad indispensable en que estais de orar. Se reza mal: os enseñaré el método para orar bien. Hablaré ante todo de la naturaleza de la oracion y de sus diferentes especies.

---

La oracion es propiamente un acto de religion por el cual nos sometemos á Dios, y declaramos que tenemos necesidad de su auxilio y asistencia, como que es el autor de todos los bienes, y todopoderoso para proveer á todas nuestras necesidades; ó bien, la oracion es una expansion de corazon á Dios para explicar nuestras necesidades, y pedirle alivio en nuestras miserias. Encierra la oracion en este sentido el conocimiento de nuestras necesidades, y el deseo de librarnos de ellas, que nos hace acudir á Dios quien solo puede remediarlas.

Segun santo Tomás, pertenece la oracion á la religion y á la caridad, pues la religion nos manda rogar á Dios; es un deber y un homenaje que le tributamos como al autor de todo bien; pero nos manda la caridad que le pidamos lo que necesitamos. Por eso dice san Pablo (*Rom. viii, 26*) que el Espíritu Santo, que es el principio de la caridad, ayuda á nuestra flaqueza, es decir, que nos hace orar con santos gemidos.

De dos diferentes modos podemos pedir á Dios lo que necesitamos. El primero, por una plática puramente interna con Dios, por una íntima union con él, por un ardiente deseo de agradecerle; los santos Padres llaman esta oracion *la oracion ó la oracion mental*, porque no tiene en ella ninguna parte la lengua, y se requiere que Dios esté siempre presente al espíritu. El segundo es una exposicion verbal á Dios de nuestras necesidades, ó de las del prójimo, con deseo de obtener por Jesucristo de su bondad todopoderosa los auxilios que le pedimos; y esta oracion se llama *oracion vocal*: son necesarias una y otra, sea el que se quiera el parecer de la gente del siglo, la que se imagina que la oracion mental no conviene mas que á los que aspiran á la mas alta perfeccion.



Con efecto, ¿cómo llegará el hombre á descubrir las tinieblas de su espíritu, las llagas de su corazón, los peligros de las ocasiones funestas para la virtud, la continua y absoluta necesidad de la protección divina, si no piensa y practica consigo mismo delante de Dios de todas estas cosas antes de reclamar el auxilio de este Ser supremo? ¿Conténtase acaso un enfermo, á la sola vista de su médico, con decirle en general que está enfermo? ¿No necesita explicarle los dolores que padece, las causas de su languidez, de su debilidad y el fondo de su temperamento? Ahora bien, no puede hacerse esta relación, sin haberla pensado; no podría el médico contribuir al alivio de ese enfermo sino después de dicha explicación; preciso es, por consiguiente, antes de dirigir sus ruegos á Dios, haber reflexionado sobre los auxilios que deben pedirsele. Y no se diga que, conociendo Dios más que nosotros nuestras necesidades, es inútil exponérselas: él mismo nos recomienda que velemos y oremos (*Matth. xxvi, 41*), porque quiere que le honremos, que le miremos como dueño y soberano nuestro, que reconozcamos en toda ocasión el supremo dominio que tiene sobre nosotros, y que lo precisemos á compadecerse de nosotros.

Pensad siempre, dice el Sabio, en los mandamientos que os da Dios. ¿Y de dónde provienen todos los males que inundan la faz del cristianismo? No busquemos otra causa de ellas que la falta de reflexión (*Jerem. xii, 41*): *Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde*. En fin, sin oración mental, es decir, sin meditación, ¿cómo nos ejercitaremos de continuo en adquirir las virtudes de Jesucristo, su mansedumbre, paciencia, humildad, pobreza, obediencia? El único medio pues de detener el torrente de desórdenes que reinan en la tierra es el uso frecuente de la oración mental y la meditación de las verdades eternas; porque sería imposible entregarse al pecado, por poco que se reflexionase sobre su enormidad y resultas, sobre sus postrimerías y sobre la naturaleza del Ser infinito. Deben pues todos los cristianos hacerse una ley de no dejar jamás pasar ningún día de su vida sin reflexionar sobre alguna verdad importante de la Religión. ¡Ay! hallan tanto tiempo para emplearle en sus quehaceres, negocios y placeres; ¿y echarán de menos siempre algunos momentos empleados en asegurar su eterna salvación?

Aunque de nada sirvan las palabras que pronuncia la boca cuando no ora el corazón, es con todo á propósito unir la oración vocal á la mental: 1.º porque el hombre debe glorificar á Dios no solo en

su alma, si que también en su cuerpo, por ser igualmente Dios autor y criador de uno y otro; 2.º porque no basta creer en el fondo del corazón que Dios es el manantial y origen de todo bien, sino porque se está en la obligación de confesarlo y reconocerlo públicamente; 3.º porque hay muchas personas que están menos expuestas á distracciones, cuando pronuncian oraciones vocales.

Primeramente, no se ora, dice san Agustín, cuando no es el corazón quien ora; y como no pide el Señor más que nuestro corazón, tampoco escucha más que ese corazón: así, al hacer largas y frecuentes oraciones al Señor, podemos estar mudos en su presencia, como podemos gritar hácia Dios sin ningún movimiento de los labios. Cuando oramos, hermanos míos, es nuestro corazón quien debe orar en nosotros, un corazón que siente sus necesidades, al cual atormenta su miseria, y al que espanta la vista del peligro. Del fondo de un corazón afligido de sus faltas, pesaroso de sus pecados, penetrado de las bondades de su Dios todo abrasado de amor y reconocimiento por su libertador, es de donde deben elevarse hácia el cielo nuestras oraciones. Pero ¿oramos así? Usamos de las palabras ora del leproso del Evangelio, ora del ciego de nacimiento; pero ¿animamos los mismos sentimientos? Es siempre fervorosa la oración cuando sale del corazón: no conoce el corazón ni tibieza, ni frialdad, ni descuido. Habla, á la verdad, la Muger cananea; pero habla de corazón: grita con la boca; pero mucho más poderoso es el gemido de su corazón que el grito de sus labios: llora, pero no son sus lágrimas más que una débil expresión del afecto y ardor de su corazón: hieren sus lastimeras palabras el oído de Jesucristo; pero los tiernos suspiros de su pecho desplagan á la vista de su Salvador un espectáculo mucho más digno de su bondad, y su solo fervor hace el mérito de su súplica.

Y á la verdad, lo que hace que el fervor sea tan esencial á la oración, es la naturaleza de los bienes que pedimos á Dios. ¡Y qué! solicitamos la posesión de los bienes eternos, el auxilio de la gracia del Salvador, la perseverancia de su servicio; ¿podríamos pues pedir con descuido y tibieza bienes tan preciosos, tan apreciables, y solos capaces de hacernos para siempre felices? ¿Fuera demasiado el corazón todo entero para pedir aquello que solo puede satisfacer y llenar sus deseos? ¿Es así como se ora cuando se piden los bienes de la tierra? ¿No es el corazón, y el corazón todo entero quien solicita, quien insta? ¿Hay tanta indiferencia, tanta insensibilidad, cuando se pide á algún magnate algún favor, alguna gracia tempo-



ral, como cuando se piden las gracias eternas á un Dios?

Hay cinco especies de oraciones: adoracion, alabanza, peticion, accion de gracias y ofrecimiento. La adoracion es el culto ú homenaje debido á *Dios solo* á causa de su excelencia sobrenatural y de su elevacion sobre todo, y por ser nuestro Criador y soberano Señor. Es de precepto divino la adoracion, y está comprendido este precepto en la prohibicion del culto de los ídolos, impuesta en el primer mandamiento del Decálogo; porque al prohibir Dios el culto de los ídolos, mandó al mismo tiempo el verdadero culto que debe tributársele. Dos son las especies de adoracion: interior y exterior. Por la primera se adora á Dios en espíritu y en verdad, es decir, adhiriéndose á él por la fe, esperanza y caridad. Atestiguase á Dios por la segunda el respeto que le tenemos, sea postrándonos, sea con otros actos del cuerpo que demuestren que nos humillamos ante él, y le dirigimos nuestras súplicas. Esta adoracion exterior, es el principio de todo culto exterior.

Cuáles son, hermanos míos, las ideas que nos da la fe de un Dios que debemos adorar, sino las de un Ser soberano, principio de todo, él mismo sin principio, superior á todo, independiente de todo; el que no recibiendo su grandeza de ninguna cosa creada, y bastándose á sí mismo desde toda eternidad, en su mismo seno encuentra la eterna beatitud de un Ser supremo, autor del universo que crió con su palabra, que gobierna con su sabiduría, que sostiene con su poder; de un ser que llena todos los lugares por su inmensidad, encierra todos los tiempos en su eternidad; de un ser que es el Rey inmortal, por quien reinan los reyes, ante quien las naciones y todas las potencias de la tierra son como un granito de polvo; de un ser á cuya presencia desaparece el cielo, se estremece el infierno y tiembla la tierra; de un ser, en fin, que no ha sido hecho, que lo hizo todo, para quien se hizo todo, solo y único principio, solo y único fin de todo.

De esos grandes principios de la fe, admitidos por la misma razon, se sigue que á ese supremo Ser le debemos un homenaje de adoracion como á criador y soberano Señor nuestro. Ahora bien, no es mas que por la oracion como podemos cumplir este deber tan esencial de la criatura. En la oracion, el alma, sola con Dios, alumbrada de su luz celestial, mira con estupor la nada del mundo y su propia nada; déjase penetrar de la majestad del Ser supremo que adora y que procura honrar con su más profundo abatimiento. Pero ¡cuántos cristianos hay que, no pudiendo ignorar la grandeza,

soberanía, potencia y majestad de Dios, pasan dias, semanas, meses, años enteros sin tributarle ni culto ni homenaje, es decir, sin hacer ninguna oracion! ¿Hay Dios para ellos en el mundo? No, dice san Pablo (*Eph. 11, 12*), no lo hay: *Sine Deo in hoc mundo*. Con todo no existen en él, ¡Dios mio! mas que por vuestro poder, no viven sino de vuestros beneficios; todo lo que poseen, sea ventajas de la naturaleza, sea bienes de fortuna, son otros tantos regalos de vuestra liberal mano. ¿Pero lo diré, Señor? Quanto mas felices los haceis, mas ingratos son; quanto mas reciben de vos, tanto menos piensan en vos. Tienen amigos que entretienen, protectores que cultivan, grandes que honran, poderosos que respetan; pero no tienen un Dios á quien glorifiquen y rueguen.

El hijo honra á su padre, dice Dios por su profeta (*Malach 1, 6*), el servidor reverencia á su señor; pero ¿dónde está el honor que se me tributa en calidad de padre y dueño? *Ubi est honor meus?* ¡Oh desgracia! ¡Oh llaga fatal de la Iglesia! ¡Oh siglo incrédulo é impío! ¡Cuántas lágrimas mereces! Esos hombres de nuestros dias, haciéndose semejantes á los brutos desprovistos de razon, no tienen otros dioses que sus pasiones: se ha secado enteramente el manantial de la gracia; está interrumpido del todo el comercio entre Dios y el hombre; se ha abolido la oracion pública, el ejercicio mas esencial de la criatura. Afortunadamente no pudo tomar raíz tan increíble impiedad en medio de un pueblo que se gloria de sus luces, y que, admitiendo los sistemas absurdos, los mas irritantes y mas opuestos al buen sentido y razon, se imagina locamente regenerar el género humano, y no haber sacudido sino el yugo de las preocupaciones y de la supersticion. ¡Ah! hombres impíos é insensatos sin fe, sin religion, sin Dios, ¿á qué deplorable ceguedad habeis llegado? Dios es vuestro Criador, y no le adorais; es vuestro bienhechor, y no le dais gracias; polvo y ceniza, no os humillais ante la poderosa mano que os sacó de la nada; criatura ingrata, eres insensible á los beneficios con que te colmó su liberal mano; vosotros habeis rechazado vuestro Dios, habeis desconocido vuestro padre. ¡Ah! ¡cuán bien mereceis la suerte horrorosa que os está reservada! ¡Cuán bien mereceis no encontrar ya en el Todopoderoso mas que un juez airado, que os haga sentir eternamente, así como á los ángeles rebeldes, el horroroso y tremendo peso de su ira y de sus venganzas!

La alabanza es una oracion por la cual alabamos á Dios, á causa de sus infinitas perfecciones. ¡Cuán grande es el Señor, hermanos



miós! ¡Cuán pocos pensamientos llegan hasta él! Lo único que nos es dado comprender bien en él, se reduce á que 'es incomprensible. Lo poco que columbro de su grandeza es un peso que me abruma. Estoy deslumbrado por el rayo de gloria que viene á atravesar la nube en que reside su divina Majestad; dejo la temeridad de celebrar sus perfecciones infinitas, y no puedo menos de exclamar con la Sabiduría: ¿Qué podríamos decir de su gloria? Es infinitamente superior á sus obras y á nuestros débiles elogios. ¿Quién podría verle ó retratarle tal como es en sí mismo? ¡Ay de nosotros! apenas conocemos una pequeña porcion de sus obras, y aquellas que no conocemos son todavía mucho mas grandes. ¡Oh Dios! ¿cuál es el Dios semejante á vos, quién podrá ser comparado con vos? ¿Quién sino vos debe ser el objeto de nuestros homenajes y de nuestras alabanzas?

¡Únase á mí toda la naturaleza, oh Dios solo poderoso, solo dueño de cielo y tierra, únase á mí todos los seres salidos de vuestras manos para entonar vuestras alabanzas! Cielos, astros refulgentes, que adornais el firmamento ó alumbrais la tierra, luceros del dia, tinieblas de la noche, bendecid al Señor; bendecidle, nubes esparcidas en los aires, ya sea que os derritais en benéfico rocío, ó que os convirtais en lluvia; ya sea que traigais la nieve y la escarcha, ó que en los ardores del verano lleveis en vuestro seno el granizo, los relámpagos y el rayo. ¡Benedicid al Señor, oh vosotros! tierra, y todo lo que la compone, rios, fuentes que la regais, metales escondidos en su seno, plantas innumerables que creceis en los campos; y vosotros, animales diversos que poblais el aire, campos y aguas, bendecidle; ángeles del cielo, hijos de los hombres, príncipes y pueblos, servidores de Dios, y vosotros sacerdotes del Altísimo, celebrad sus maravillas, y haced un concierto de magníficas alabanzas. Cantad, vosotros todos, hermanos míos, las alabanzas del Señor, porque es bueno, y porque son eternas sus misericordias; apresúrese cada uno de vosotros á decirle: Desde hoy en adelante, Señor, quiero consagraros enteramente mis votos, sentidos y pensamientos; viles criaturas, no tendréis mas parte en mi corazón; huid, bienes de la tierra; como el profeta, no pido mas que una cosa, ¡oh Dios mío! y no cesaré de pedirla: es de habitar eternamente en vuestra casa, y gozar de la inefable dicha de veros en ella cara á cara, y alabaros por todos los siglos de los siglos. AMEN.

## PLÁTICA II.

## ESPECIES DE ORACION.

## SU NECESIDAD.

*Petite et accipietis.*

Pedid y recibiréis. (Joan. xvi, 24.)

**N**ADA prueba mejor la bondad de Dios que el precepto que á todos los hombres impone de acudir á él en todas sus necesidades, y pedirle por la oracion las gracias que les sean necesarias, con la firme confianza que las obtendrán. Es la oracion el fundamento de toda la piedad cristiana; por su medio se alcanza la salvacion; y mandando Dios á todos los hombres que oren, se sigue que todos los hombres pueden salvarse. Es la oracion no solo un acto de religion por el cual se honra al Señor, y un homenaje que se tributa á su soberana Majestad; tambien es una sincera confesion que se le hace de su dependencia, miseria, nada, impotencia y continua necesidad que se tiene de su gracia para poder obrar el bien que manda. No basta pues adorar al Señor, tributarle el supremo culto que se le debe como autor y soberano Señor de todas las cosas; ni tampoco basta cantar sus alabanzas, celebrar su gloria y grandezas; débiles como somos para andar por los senderos de la virtud, mas débiles todavía cuando se trata de sostenernos contra los alicientes del vicio, debemos sin cesar levantar nuestros ojos y nuestras manos hácia el trono de la divina misericordia, para pedir los auxilios necesarios, á fin de hacer frente á tantos enemigos visibles é invisibles que nos acometen de todas partes. Aprendamos pues hoy la obligacion en que estamos de pedir á Dios auxilio en nuestras necesidades; no olvidaré la accion de gracias y el ofreci-